

editorial

# Crisis continental del populismo

Los recientes disturbios caraqueños, con su trágico saldo de víctimas, pueden estar apuntando hacia una crisis del populismo en el área latinoamericana. Lo decimos a pesar de las excelentes perspectivas que exhiben en Argentina y Brasil políticos nítidamente populistas, como Menem y Brizola, en cuanto a tener éxito en las elecciones que se avecinan. Pero el éxito electoral, con ser mucho para cualquier político, no es todo. Después de la victoria en las urnas, todavía hay que gobernar. Y para el político populista esa tarea —es de los que queremos hablar hoy— puede manifestarse en términos de un dilema aterrador: si aplica las políticas que anunció, a la vuelta de la esquina le esperan la inflación descontrolada, el desabastecimiento de lo más elemental, en una palabra, el caos económico, con la obvia amenaza de sumarse a él el caos social. **Es el caso Alan García.** Si, para evitar esos males inminentes —que tales se han vuelto ahora por el nivel críticamente bajo a que han llegado en todo el subcontinente, con contadísimas excepciones, las reservas internacionales, y por no ser ya posibles, consiguientemente, las políticas de abierto desafío a la realidad que, bajo otras condiciones, ésta toleraba por largos años— si decíamos, para evitar esa némesis tremenda, el político populista no bien instalado en el poder se pasa en los hechos a una estrategia realista, que incluye la disciplina fiscal, y por ende la fijación de tarifas públicas acordes con los costes de los respectivos servicios, puede encontrarse, —y los hechos sugieren que es muy probable que se encuentre— con la encendida repulsa popular, fuertemente inclinada a la violencia, con lo que los agitadores profesionales tendrán poca dificultad para concretar asonadas y motines, en una palabra, el caos social. **Es el caso Carlos Andrés Pérez.**

En síntesis, el político populista podrá tener aún el oído de las masas para venderles sus programas crudamente voluntaristas, que prometen mayores salarios y menor inflación, más capitalización a la vez que más consumo, y encima menor dependencia de la inversión extranjera, más obra pública sin más impuestos, mientras el dinero se abarata, y nuevas empresas públicas que ahora serán, como se volverán todas las otras, eficientes. Todo ello por más que las cuentas no cierran, por más que todas las leyes de la economía digan que no es posible. ¿Qué pueden importar las cuentas y las supuestas leyes económicas ante la voluntad de desarrollo y de justicia de un pueblo que tendrá ahora el liderazgo adecuado? Y eso del equilibrio macroeconómico, ¿con qué se come? No son más que subterfugios del imperialismo para lograr materias primas baratas y el repago de la deuda en condiciones leoninas. Etcétera, etcétera.

Aparentemente el mercado político latinoamericano no ha perdido aún su gusto por semejantes fantasías, pero los países sí han perdido, gracias a la aplicación de las políticas fantasiosas sus reservas y por si fuera poco han adquirido deudas externas apabullantes. En esas condiciones, el populismo en el poder no puede funcionar. Y el populismo que después de ganar las elecciones le vende el alma al FMI, jaqueado en seguida, por la indignación popular, tampoco puede funcionar. Sigue habiendo una manera populista de ganar las elecciones, pero hay dos y sólo dos maneras, para el candidato populista triunfador, de enfrentar el apabullante desafío del gobierno: la manera García y la manera Pérez. Y ambas conducen a formas del fracaso en definitiva muy semejantes entre sí.

Observen que en las extremidades de la crisis el gobernante populista saltará de un polo del dilema al otro, pero con ello no logrará zafarse, como es obvio de sus garras. Acosado por la hiperinflación y todos los demás demonios económicos soltados por la realidad ofendida, hemos visto a Alan García abrazar algo muy cercano a la ortodoxia financiera, y si mucho no nos equivocamos estamos viendo a Carlos Andrés Pérez practicar la cabriola inversa, pero no cabe duda de que el alivio que tales acrobacias aportan a la crisis tienden a durar cada vez menos. En definitiva, la crisis económica y social no puede dejar de extenderse a lo político e institucional. Una democracia populista tiene que ser también una democracia inestable.

Naturalmente, el dilema es auténticamente insoluble sólo en tanto deba tomarse el discurso populista como uno de los datos. Si la retórica pudiera cambiar, y en las elecciones los candidatos discutieran sobre la realidad de sus países y sus economías, y no sobre estructuras fantásticas, maleables ante las leyes y los decretos, las dificultades se atenuarían sobremanera. Encontraríamos un cierto grado de continuidad entre el discurso preelectoral y el comportamiento del candidato triunfante desde el poder. No una continuidad total, que no es de este mundo, no una ausencia total de promesas que cuesta hacer caber dentro del total de los recursos disponibles, no —sobre todo— algunas reticencias sobre zonas demasiado espinosas, pero al mismo tiempo nada parecido a la súbita implantación de un programa fondamentalista por parte del Presidente Pérez, que ni su discurso ni sus antecedentes podían haber hecho esperar, ni tampoco nada parecido al castillo de hadas del Presidente García, que no habría resistido el más ligero embate dialéctico, si el proceso electoral peruano se hubiese acercado algo más al paradigma de un pueblo que busca en diálogo su camino, bajo la advocación de la

razón.

La dificultad, parece ocioso consignarlo, radica en que, mientras el discurso populista gane elecciones, la tentación de recurrir a él por parte de partidos y candidatos puede ser irresistible. ¿Aun en la certeza de que con ello se les cerrarán todas las vías hacia un razonable éxito en el gobierno? Pues sí, tal parece ser el caso: los latinoamericanos tendemos a descontar el futuro, si se nos permite decirlo en jerga económica, a una tasa sumamente elevada. Es probable, sin embargo, que una vez que cundan convicciones paralelas a la tesis de este editorial, como los hechos no pueden dejar de hacer cundir, sobre vendrá al respecto una sensible mejoría.

También estimula nuestra esperanza en tal sentido el progreso que delante de nuestros ojos se ha operado, en términos de renovación del discurso político, en una dirección no populista, en zonas del mundo que concitan gran atención respecto de todos los demás, los latinoamericanos de un cierto nivel cultural incluidos. En tal sentido es digno de hacer notar la depuración que Thatcher y Reagan hicieron del discurso conservador en sus respectivos países respecto de los elementos populistas que antes incluían, y, sobre todo, naturalmente, los cambios en tal sentido en la izquierda europea, gracias a la transformación prodigiosa que Felipe González introdujo en el PSOE, precisamente en el sentido que aquí nos incumbe, y la mutación radical de estilos que llevó a cabo en un corto lapso el Presidente Mitterrand. Lo importante, naturalmente, radica en que todos esos cambios de discurso, parte de estilo, parte también de sustancia, fueron ganadores.

Entretanto, la necesidad de cambiar implica un difundido compromiso, que, lejos de abarcarse exclusivamente a quienes practican la retórica que debe desecharse, nos concierne a todos. Ciertamente concierne a los parlamentarios, que deberían esforzarse por entronizar la racionalidad en sus deliberaciones, ciertamente nos concierne a los de la prensa, sobre todo a la independiente, que deberíamos extremar los esfuerzos en la dirección de la objetividad en la información y en la crítica, pero además concierne absolutamente a todos, es decir, concierne al ciudadano común; en un sentido muy profundo, tal vez de tan profundo algo oscuro, pero muy real. El ciudadano común debería adquirir conciencia de que él es en último término responsable de la calidad del discurso que los políticos le dirigen, que la soberanía del ciudadano es la contracara de la soberanía del consumidor, y que en la medida de que se esfuerce por separar la paja del trigo en ese discurso, estará contribuyendo a ponernos en el buen camino.

Que es a la vez el camino hacia una política económica mejor y hacia una democracia más estable.